



“porque ellos alcanjaran misericordia”

".....PORQUE ELLOS ALCANZARÁN MISERICORDIA"

No trata el presente relato de hacer apología del lugareño de nuestra villa que, yo, siendo niño, conocí, y mucho menos de sus biografías: unas fingidas, / otras reales como ésta, providencialmente contumaces en el tiempo.

Cursa el año de 1948. Es en estío, por San Juan. Aquel Bembibre, estampa / de recio sabor rural, inédita para el lienzo; cuna de hombres labriegos, que el campo fué de siempre fecundo en razas fuertes, en genios y, porque esta tierra/ amamanta como madre abnegada, a todos sus hijos.

De esas familias que, al despuntar la alborada, hienden las rejas en la be- sana y amasan el pan de casa. Que empuñando la esteva se desparraman por el fér- til pago de "Las Linares" o por el áspero y duro perfil de la "Gándara", empa-== pando con su sudor los surcos, que es lo único que han aprendido. Sudor que sir- ve de abono nitrogenado para cosecha ubérrima. Después, cargan el cahiz de ce-== real en carretas tiradas por bueyes.

Son gentes que han perdido la noción de la preeminencia, distinción, dinero. Saben más que nadie de pobreza, humildad, dolor, privaciones, sacrificios. Es == este Bembibre universidad en que se doctoran en esas asignaturas.

Ninguno ha degustado la soberbia de la vida, porque aún cuando no ignoran el poder del dinero y su despiadada crueldad, no es dios por quién sientan idolatría.

No precisan del despertador que atormente sus oídos, porque se desvelan an-== tes de que las estrellas se oculten para dar paso a la aurora. El trabajo los == templea en el yunque del sacrificio.

El señor Manuel "Patarita", antes de aparecer los primeros rayos de luz, en- tra en faena. Coloca la reja del arado sobre el yugo que unce la yunta. Lo sujeta

enérgicamente con el sobeco y deja que el timón se arrastre sobre el suelo pedregoso. Le acompañan Toño y Tinín, sus dos hijos más pequeños. Vanse, por ser todavía/muy niños, restregando los ojos y dando algún que otro tropezón. Ellos no entienden de madrugadas; pero el tajo es mucho y los brazos pocos. Se pierden calle arriba en busca del amanecer.

Bueyes y labrador aran con paso tardo, como si tuviesen plomo en los pies. A él, además, se le adivina cansancio en el alma. Nunca se le vió sonreír.

Los otros cuatro hijos, ya ha rato que se fueron al campo. Cada uno tendrá que cumplir con la tarea previamente señalada por el patriarca el día anterior.

Así son todos y cada uno de los zagales de esta tierra. Siempre los primeros// en todas las manifestaciones de hombría que se dan en la villa y pueblos de alrededor.

Y, así, un día y otro.

Y, así, una familia y otra y otra....

Por la comba del cielo límpido, inmaculado, se desliza un sol joven, abrasador. "Las Linares", despensa del villorrio, es un auténtico hormiguero de gentes labrando.

Las viñas del "Santo" y "Villanueva", pobladas están de cuadrillas que empuñan la azada clavándola con brío y manejándola con garbo y destreza. Cada uno con su destajo, y, el micado, cubriéndose con un paraguas de aquellos rayos insufribles; sentado en su silla de mimbre, observa, impertérrito, el esfuerzo sobrehumano de aquellos pobres asalariados. Al llegar cavando hasta donde él está sentado, toma su silla y la traslada unas varas más allá. Y, así, una y otra vez, de nuevo los espera.

Si alguno de aquellos desdichados flaquea en sus fuerzas y se queda rezagado, el índice justiciero de aquel usurero, le espeta y sentencia:

--"Mañana, tú no vengas"

La miseria humana engrandecida hasta el infinito.

Y otro día de luz a luz.

Y otro día de sol a sol.

Casi todos ignoran el abecedario, pero con su trabajo saben llenar, éso sí, / pipas y vocoyes de ese rubicundo y chispeante vino que nace de esta tierra gene rosa.

¡Cuantos miedros de vino han destilado estas añosas vides!

¡Cuantos miedros de sudor han destilado estas jóvenes frentes!

Etimología: Be-ne-bi-be-re.

¿Buén vivir?. Sí; para cuatro o cinco ricachones, caporales y cachicanes para / quienes el villorrio es su feudo.

¿Buén beber?. Si..... También.

¡Pobre del pobre!.

Quando el labriego cuelga en su puerta el último cansancio, abre sus brazos de par en par.

Diez de la noche. Llegan las sombras de un ocaso tendidas bajo el manto de / una noche en aparente calma.

Vicenta "La Moucha" lleva varios días enferma. Hoy se ha agravado su dolencia.

En el proscenio de la vida irrumpe un drama en escena. Acto primero: ríe la --

noche con risa de muerte.

Entre las sombras apretadas de aquel cuartucho, sobre una antiquísima cama de hierro y jergón de hoja de maiz, reposa el cuerpo derrotado de aquella buena mujer.

Una candileja parece agonizar con expresión de dolor, incapaz de ahuyentar las ti nieblas de aquella habitación.

Sus dos pequeños hijos, Pedrín y Jandro, arrodillados uno a cada lado de aquel -- lecho de muerte, reciben sobre sus cabezas las caricias de las acartonadas y ya frías manos de su idolatrada madre. Lloran desconsoladamente aferrándose a aquel tronco -- inclinado a la tierra.

Van llegando las vecinas. Piadosas mujeres que llevan abiertos los brazos a la -- cristiana conmiseración. Todas lloran y se enjugan lagrimones con la punta del delantal comentando:

"Pobres criaturas, qué solos se quedan"

Aquel corazón rendido por la dura brega se apaga por momentos. Solo piensa en sus dos lirios, en aquellos dos angelotes nacidos de sus entrañas; -- carne de su carne, pedazos de su vida. **¡Pero Dios, si todavía están sin criar!**. Sacaba el bocado de su boca para entregárselo a ellos. Y enfermó. Enfermó de muerte. Su / vida, en viudedad por la injusticia de los hombres en nuestra guerra civil, fué un -/ camino de punzantes abrojos.

Ahora, tendida en aquel camastro, los quería más, con un querer que raya en encendi dida locura.

--"Paula -dijo muy quedo señalando con un cansado gesto a la señora Paula "La Valora **ra**!-cuida por caridad de mis hijos". De seguido exhaló un tenue suspiro.

Y aquel cedro carcomido cedió.

El corazón se paró en el pecho de una madre. Estaba desgastado. Aquel árbol maternal/ se había quedado sin hojas y sin savia.

Y allí están dos criaturas cuyos ojos son fuentes de lágrimas.

Algún día sabrán que no existe palabra más grande y sublime que la de madre.

En Bembibre nació un dolor y murieron dos sonrisas.

Escuelas Nacionales. Doce de la mañana.

Abrense las puertas y un griterío ensordecedor se expande por la campiña del Santo. Los chavales salen en tromba saludando con jolgorio la hora del recreo. Se distríbun en grupos cada uno con sus aficiones o preferencias. Unos jugando a la pelota en arenoso paseo del Santo; otros a los indios chan-chan-chan; los menos a la gandusa o a las pitas.

¡Ay del pueblo que no tenga niños!

Don Emilio y Don José, sus maestros, pasean en animada charla por el camino que desde las escuelas conduce al "Valeón".

Pasado un tiempo prudencial, Don Emilio, desde la puerta, chocando tres veces las palmas, llama de nuevo al estudio.

¡¡ Chicos...!!

Saben, por lo que ven en casa, que el hombre ignorante es un ser desgraciado e incompleto. Aquellos maestros con su virtud y su ciencia, se ocupan de abrirles los caminos de la vida poniendo en sus manos las armas necesarias para triunfar en ella. Esto lo sabrán mejor con el paso de los años.

El día es extremadamente caluroso. Gorriones y alondras cantan protegidos en los frondosos negrillos que dan guardia al paseo del Santo; descienden al barbecho picoteando semillas en la rastrojera. Lleno el buche, vuelve el chorro de notas a su garganta sobre el limpio cristal de los cielos. Se mecen en el aire lanzando cadencias y anegándose en un sartal de armonías, estropeadas alguna vez que otra, por el potente rebuz-

no, casi infernal, del burro de Pepe "Pellejinas", así conocido por su extremada - delgadez y color ictérico.

Dormita el bueno de "Pellejinas" con aire de beatitud, sobre el banco que se apoya en la puerta del mesón, cuartel que fué de la Guardia Civil cuando ésta fué creada por el Duque de Ahumada. Las sopas de ajo y apretones a la bota le han puesto en estado soporífero. Su fiel jumento, enfrente de él, no le quita ojo. Aquella estampa/hilarante provoca la carcajada de todo aquel que por allí acierta a pasar.

Su morro belfo, ya casi pegado al suelo por la aflicción que le produce la insoporable canícula, suelta un encolerizado estornudo que a modo de regadera embetuna el rostro de su irresponsable amo. ¡Como si él no tuviera necesidades!

Con la manga de su camisa, de sarga descolorida, se limpia la cara el amigo Pepe, / del moco pegajoso con que su paciente burro lo desperezó. Estira el manajo de - / huesos de su anémico cuerpo, culminando el despertar con la apertura descomunal de/ su boca por la que se escapa un **¡¡AAAaay...!!** en bostezo borriqueño.

Toma al asno del ronزال propinándole un buén palo en el lomo, como castigo por ha-/berle despertado de forma tan descortés. En aquel momento se nota que a la sufrida/caballería le es indiferente recibir un palo que un mil. Sus fuerzas están totalmente agotadas sin ganas de meter el morro en la cebadera. Pide, sí, con gesto tozudo, ir al abrevadero, pila de piedra que recoge un hilo de agua cristalina nacida de un pobre manantial situado al pie de las Escuelas (hoy ocupado por el monumento al - / minero). Sorbe con avidez produciendo el ruido de una bomba aspirante, mientras su/panza recibe alborozada aquel refresco que agradece con estruendosos regurgiteos. - Una vez satisfecho, regresa a la corraliza.

La tarde, sorprendentemente, empiézase a encapotar. No presagia lluvia tan deseada por la alarmante sequía que se padece. Flota en el ambiente presentimiento de malos

aconteceres. El día es de bochorno.

Por el cerro de la "Dehesa" trepan unas nubes negras dando rugidos de leonas; han roto los frenos y se lanzan como un espectro llevado por el viento sobre el campo cubierto de verdura.

El tintineo de la campanilla de la torre agrisada del Santuario, que humilde se / yergue, llama a oración. Es la hora del Rosario. Varias mujerucas tocadas con pañuelo / negro a la cabeza, se acercan al Santín. ¡Qué fuerza en su vocación al Santo, su San- / tín, su Sto. Ecce-Homo!. Se cuenta que Pepe "El Prin", agnóstico empedernido, que jura / ba por un "quítame allá estas pajas" contra Dios y sus Santos, se partía la cara con / aquel que ofendiese el Santo nombre del Ecce-Homo. ¡Ay de aquel...!

Tiende la noche su manto de silencio cuando arriba se encienden las luces del fir / mamento. El nemoroso valle del "humedal" recibe las sombras de la sierra de San Pedro / y las proyecta sobre la fértil campiña de "Las Linares", cuyos frondosos productos ri / valizan en hermosura con los que se dice ofrecía el feraz valle de Gesén, aquel que -- José regaló a su padre, Jacob, y a sus once hermanos, en el antiquísimo Egipto.

La tarde agoniza y se cierra la noche. De los lindes del cementerio nuevo surge -- una figura espectral, de estameña blanca, que ululando con grito lastimero y lentos an / dares, provoca el pánico y la huida atropellada de los que aún quedan labrando en "Las Linares".

La superstición todavía anida con fuerza en aquellos corazones. Van llegando despavoridos al paseo del Santo. Allí se reúnen. Desde esta atalaya se -- sienten fuertes. La noticia corre con rapidez telegráfica y pronto acuden vecinos de / la Villavieja, del barrio de la fuente, de la plaza...

¡Qué pequeño es Bembibre!

Hombres rudos, valientes... que el campo siempre fué fecundo en razas fuertes. Nadie / se mueve.

Aquella figura fantasmal y una especie de música callada, que no se percibe, van -- =

estremeciendo la mirada de los lugareños al paso de aquel silencio nocturno y clausal.

un silbo de lechuza que arranca de "La Dehesa", ruidos imaginarios que trae la brisa y los aullidos lastimeros de un can, agobian aún más la entereza que fué de aquellos hombres y mozos: los primeros en manifestar su hombría en cualquier lugar.

Murmullos no faltan. Imprecaciones tampoco.

La figura se va acercando y se detiene al pie del cerezo de Tomás "El Aratán". Allí / permanece desafiante.

A este redil de hombres y mujeres, llega una vieja delgaducha en la que los años marcaron arrugas en su frente. Fué, en sus buenos tiempos, moza retadora, pero el duro / trabajo y los desengaños han dibujado una sombra de cansancio y un rictus de melancólica tristeza. Su boca ya no es fresca; es grande y alargada; ancha como sus faldas; / unas faldas descomunales. Sus manos auténticas filas de huesos y sus nervios cordones embotados. Sus hombros cubiertos por una carcomida toquilla negra; esa prenda de mujer ochocentista, que ha llegado al ocaso de su vida. Estampa famélica de la empobrecida / villa que se cobija bajo el manto de la miseria. Este roble esquelético, criado en las breñas de esta tierra, tiempo ha que ha perdido todo rasgo de femineidad. Un ser que / va muriéndose y no lo sabe. Raza indomable. Es la señora Emilia "La Chacona", que se / acerca con su inseparable nieto Davicín, cogido de su mano. Golpea con su mirada profunda, dura, inexpresiva a los varones allí reunidos. Pasan unos segundo interminables.

--"Davicín!" -brama apretando la mano de su querido nieto-

--"M´ecago en mis güevos! ¡Ya no quedan hombres en este pueblo!"

--"Espera aquí, hijo mío".

Arranca de un tirón el sachó que porta Daniel "El Zorro" y, echándolo sobre su hombro se encamina al encuentro que allí les tiene atemorizados. Desciende en zig-zag por el

caminín que conduce al regato del foso. Las piedras del sendero le hacen tambalear. / El silencio en los labios y en el frío relente es muy elocuente. Un hálito sepulcral/ envuelve aquella figura de mujer que se confunde con la espesura de la noche.

Todas las miradas escudriñan en las sombras el llegar de la señora Emilia frente a la "aparición", como así ya le han bautizado los lugareños. Ya están frente a frente. Se adivina un tenso y corto diálogo entre ambas. De repente, "La Chacona" levanta el/ sacho al aire con intención de dejarlo caer con fuerza sobre su adversario. De improviso se detiene y baja la herramienta con lentitud al suelo.

Aquel espectro, aparición o lo que fuere, se aleja aceleradamente hacia el linde/ donde salió. Su nívea silueta desapareció a lo lejos.

La señora Emilia vuelve con la color pálida quedando los allí reunidos mal impresionados. Apretuja a su nieto del alma contra su regazo y lo cubre con su delantal. No contesta; no dice nada de nada a los que allí, curiosos, le preguntan. Solo con mirada absorta se fija en su nieto.

--"Vamos Davicín, hijo"

Y abuela y nieto, cogidós de la mano, se pierden entre las sombras de la noche.

Transcurre tiempo muy corto desde este acontecer. La señora Emilia enferma. Son muchas las privaciones sufridas y este cuerpo ya no resiste más.

Las comadres chismorrear que aquel rápido decaimiento de Emilia se precipitó desde el/ incidente con la "aparición". Sus manos huesonas ya le tiemblan. La ciencia de Don Pepe Cubero, el médico, se siente incapaz de ayudar a la salud en la descomunal batalla que/ libra contra aquella misteriosa enfermedad.

--¡"San Dios, no puedo hacer nada por ella"! ¡"pobre Emilia"! -clama Don Pepe.

La estrella de su vida ha caído con las alas rotas y se está carcomiendo en un jergón.

Avisan a Don Ricardo, el cura.

La esquila de cuatro campanillas que a intervalos de segundos voltea el señor /
Juán, el sacristán, anuncia la llegada del Viático.

Se estremece la noche.

El cura, revestido de roquete y estola, porta el cáliz cubierto con el purificador, a la altura de su rostro.

Los lugareños que tropiezan con este imponente cortejo, se hincan de rodillas /
en doble genuflexión. Así es el respeto de lo humano por lo Divino.

Subió, abrió el ventanuco de aquella humilde habitación y, un hedor pestilencial
detuvo un momento sus pasos. Se mastica miseria por todos los rincones.

Saludó y consoló a Emilia. La confesó. El rostro del cura se contrajo después /
de oír la confesión.

—"Agnus Dei...."

—"Ego te absolvo peccatis tuis.."

.....

—"Santín, cuando Tú quieras" -se le oyó decir a la pobre Emilia-
Se quedó dormida.

Nadie en vida le arrancó el misterio de "la aparición". Tal vez el cura lo sepa.

Era un secreto.

Ella y su secreto se fueron juntos.

Juntos hasta el Cielo.
